

## II.

## SOSPECHAS DE ENVENENAMIENTO.

En aquel tiempo era muy común en el vulgo, en toda Europa, y más especialmente en Inglaterra,

Barxillon's, *Despatch* of feb. 8 (18), 1685; Citter's, *Despatches* of feb. 3 (13) and feb. 6 (16); Huddleston's, *Narrative*; *Letters of Philip, second Earl of Chesterfield*, 277; Sir H. Ellis's, *Original Letters*, First Series, iii, 333; Second Series, iv, 74; Chaillot, MS.; Burnet, i, 606; Evelyn's, *Diary*, feb. 4, 1684-5; Welwood's, *Memoirs*, 140; North's, *Life of Guildford*, 252; *Examen*, 648; Hawkins's, *Life of Ken*; Dryden's, *Threnodia Augustalis*; Sir H. Haldford's, *Essay on Deaths of Eminent Persons*. Véase también el fragmento de una carta que lord Bruce escribió mucho después de ser Conde de Ailesbury, y que se imprimió en el *European Magazine* de abril de 1705. Ailesbury trata á Burnet de impostor, á pesar de que su relación no parece contradecir la de aquél. He visto en el Museo Británico, y también en la Biblioteca de la Institución Real, un curioso *in plano*, que contiene una relación de la muerte de Carlos. Se hallará en la *Colección de Somers*. El autor era evidentemente celoso católico; debe haber bebido en muy buenas fuentes. Tengo vehementes sospechas de que estuvo en comunicación directa ó indirectamente con el mismo Jacobo. Al final no figura nombre alguno; pero las iniciales son perfectamente inteligibles, excepto en un sitio. Dice que el que recordó al D. de Y. el cumplimiento del sagrado deber para con su hermano fué P. M. A. C. F. Confieso que no he sido capaz de descifrar estas cinco letras, si bien algo me consuela que á Sir Walter Scott le haya pasado lo mismo. Desde que se publicó la primera edición de esta obra me han comunicado varias conjeturas, muy ingeniosas todas, relativamente á las misteriosas iniciales; pero tengo el convencimiento de que la verdadera solución aun está por hallar.

Podrá parecer que nada debería conocerse en nuestra historia, con más exactitud que lo que pasó al lado del lecho de muerte de Carlos II. Tenemos varias relaciones escritas por personas que

atribuir la muerte de los Príncipes, sobre todo si el Príncipe era popular y su muerte inesperada, al más repugnante y horrendo de todos los asesinatos. Por esta creencia fué acusado Jacobo I de haber envenenado al Príncipe Enrique; del mismo modo se dijo que Carlos I fuera acusado de envenenar á Jacobo I, y así también, cuando en tiempo de la República murió en Carisbrook la Princesa Isabel, se aseguró que Crómwell había descendido al repugnante crimen de

se hallaban entonces en su cámara. Existen también otras escritas, si no por testigos presenciales, por personas que tuvieron oportunidad de consultarlos y tener por ellos cuantas noticias podrían desear. Y sin embargo, quien intente reunir tan vastos materiales en una narración minuciosa se encontrará con que la tarea es difícil. Como que ni el mismo Jacobo y su esposa, cuando refirieron la muerte de Carlos II á las monjas de Chaillot, estaban conformes en algunos puntos. La Reina decía que después de haber recibido Carlos los últimos Sacramentos, volvieron los Obispos protestantes á renovar sus exhortaciones. El Rey decía que nada de eso había pasado. «*Seguramente*, decía la Reina, *vos mismo me lo habeis dicho.—Es imposible que yo haya podido decirlo*, contestó el Rey, *porque nada de eso ha pasado.*»

Lástima grande que Sir Enrique Halford se haya tomado tan poco trabajo en deslindar lo que hubiera de cierto en los hechos que juzgó. A lo que parece, no tuvo noticia de la existencia de las narraciones de Jacobo, Barillon y Huddleston.

Por ser esta la primera ocasión que se me ofrece de citar la correspondencia de los Ministros holandeses en la corte de Inglaterra, debo mencionar aquí que una serie de estos despachos, desde el advenimiento de Jacobo hasta su fuga, es de lo más valioso que contiene la colección de Mackintosh. Los despachos que siguen, hasta el establecimiento del gobierno de 1689, me los he procurado en el Haya. Los archivos holandeses apenas han sido explorados. Abundan en noticias que interesan en el más alto grado á todo inglés. Están admirablemente arreglados y á cargo de caballeros cuya cortesía, liberalidad y celo por los intereses literarios, exceden á todo elogio. Aprovecho esta ocasión para hacer presente á los señores De Jonga y Van Zwanne mi más profundo reconocimiento por las muchas atenciones de que les soy deudor.

envenenar en la comida á la joven dama, cuya muerte no habia motivo aparente que pudiera disculpar (1). Algunos años después, la rápida descomposición del cadáver de Crómwell fué atribuída por muchos al veneno que, según la voz general, habia tomado en una medicina. La muerte de Carlos II no podia menos de dar lugar á semejantes rumores, que contribuía á aumentar lo que se decia de planes de los papistas contra su vida. Eran por esto vehementísimas las sospechas de algunos, que adquirían apariencias de verdad en las infortunadas circunstancias, que parecían indicar en efecto que se habia perpetrado un crimen. Los catorce doctores que habian asistido al Rey, no sólo se habian contradicho, sino que no estaban conformes con lo que ellos mismos habian declarado; y mientras unos creían que el Rey moría de un ataque epiléptico, y que por consiguiente debía aguardarse á que el letargo terminase, la mayoría opinaba que la enfermedad del Rey era apoplejía, y durante algunas horas le atormentaron como á un indio en el potro. Mas viendo que ni aun de este modo conseguían nada, mudaron de parecer, y decidieron que lo que el Rey tenia era fiebre, y en su consecuencia le suministraron fuertes dosis de quinina para hacerle volver en sí. Un médico hubo, sin embargo, que protestó contra este tratamiento, y aun llegó su indignación hasta asegurar á la Reina que entre todos sus colegas iban á matar al Soberano. A pesar de que sólo diversidad de pareceres podía esperarse de tal multitud de facultativos, la mayoría del vulgo, fundándose en la

(1) Clarendon menciona esta calumnia con justo desprecio. «De acuerdo con la caridad de los tiempos para Crómwell, muchísimos creían que fuese veneno, aun cuando no hubiese de esto la menor apariencia, ni se tuviese nunca la más leve prueba.» Libro XIV.

perplejidad de los grandes maestros de la ciencia, atribuía á la enfermedad extraordinario origen, y aun hay razón de creer que una horrible sospecha cruzó por la mente de Short, quien, aunque experto en su profesión, parece haber sido en extremo nervioso y de muy viva imaginación, á lo cual se agregaba entonces que, por ser él católico, debía entrar por mucho en la turbación de su espíritu el temor á las odiosas imputaciones á que por sus especiales circunstancias se hallaba expuesto. No debe, pues, admirarnos que las más horrendas historias se repitiesen y aun hallasen crédito entre las bajas clases del pueblo. Decíase que la lengua de S. M. se habia hinchado hasta hacerse tan grande como la de un buey, que en su cerebro se habia encontrado una masa de polvo deletéreo, que tenia el pecho cubierto de manchas azuladas, que en un hombro tenia manchas negruzcas. Algo, sin duda, le habian puesto en la tabaquera, ó en el caldo, ó en su plato favorito de huevos al *ámbar gris*. Ya era la Duquesa de Portsmouth la que le habia envenenado en una taza de chocolate, ó la Reina que le habia dada la ponzoña en un plato de peras secas. Tales cuentos deben conservarse porque nos dan la medida de la inteligencia y buen natural de la generación que ávidamente los devoraba. Si en la época presente no hallan crédito tales rumores entre nosotros, aun tratándose de personajes de cuya vida dependen grandes intereses, arrebatados de una manera imprevista, sin más que una rapidísima enfermedad, debe atribuirse en parte al progreso de las ciencias médicas, y en parte también, según es lícito creer, á lo que desde entonces ha ganado la nación en buen sentido, en justicia y en humanidad (1).

(1) Welwood, 489; Burnet, I, 609; Sheffield's, *Character of Char-*

## III.

## DISCURSO DE JACOBO

Cuando todo hubo terminado, Jacobo se retiró de la cámara mortuoria, y encerrándose en su aposento, permaneció solo durante un cuarto de hora. Reunióanse entretanto los consejeros privados, que á la sazón se hallaban en Palacio, y apenas se había constituido el Consejo, se presentó el nuevo Rey y ocupó su puesto en la presidencia. Comenzó, según el uso establecido, pronunciando un discurso, en que se lamentaba de la pérdida que acababa de sufrir, prometiendo imitar y seguir la singular benignidad que había distinguido el reinado de su hermano. Sabía, dijo, que se le acusaba de extremado amor al poder arbitrario, y que aun no era ésta la única falsedad que se propalaba en contra suya. Por su parte, estaba resuelto á mantener el actual orden de cosas, así en la Iglesia como en el Estado. Sabía que la Iglesia de Inglaterra era eminentemente leal, por lo cual siempre sería él su sostén y defensa. Las leyes de Inglaterra le permitían ser tan gran rey como pudiera

---

*les the Second; North's, Life of Guildford, 252; Examen, 618; Revolution Politics; Higgons en Burnet. Lo que North dice de la perplejidad y vacilaciones de los médicos vese confirmado en los despachos de Citters. He dudado mucho antes de admitir la extraña especie de las sospechas de Short, y aun estuve tentado de adoptar la solución de North. Mas por escaso que sea el crédito que me merezca la autoridad de Welwood, lo mismo que la de Burnet, no puedo rechazar el testimonio de Sheffield, quien estaba muy bien informado y que á pesar suyo así lo declara.*

desear, y por su parte estaba resuelto á mantener sus propios derechos y á respetar de igual modo los derechos de los otros. Finalmente, si en otra ocasión había arriesgado la vida en defensa de la patria, estaba pronto á hacer cuanto puede hacer un hombre en defensa de sus justas libertades.

No había sido este discurso, como los que modernamente se pronuncian en semejantes ocasiones, cuidadosamente preparado por los consejeros del Soberano, sino que era la expresión sincera de los sentimientos del nuevo Rey en un momento de gran excitación. Los miembros del Consejo prorrumpieron en felicitaciones y expresiones de gratitud, y el lord Presidente Rochéster manifestó, en nombre de sus colegas, la esperanza de que la lisonjera declaración del Monarca se haría pública; y al efecto el *solicitor* general, Heneage Finch, se ofreció á servir de secretario. Era éste celoso partidario de la iglesia anglicana, y como tal, deseaba naturalmente que quedase algún recuerdo permanente de las lisonjeras promesas que acababa de hacer el Monarca. *Esas promesas, dijo, me han producido tan honda impresión, que podría repetir las palabra por palabra.* Tan pronto como hubo terminado el acta en que se hacían constar, dióselo á leer á Jacobo, que la aprobó y mandó publicar. Andando el tiempo había de arrepentirse de este paso, que, según él decía, había dado sin reflexionarlo debidamente, pues sus impremeditadas frases respecto á la Iglesia anglicana le obligaban demasiado, y Finch, con habilidad que había pasado inadvertida, habíalas hecho aún más significativas,

## IV.

## PROCLAMACIÓN DE JACOBO II.

Las largas vigiliás y tan violentas emociones habían rendido las fuerzas del nuevo Rey, que se retiró á descansar. Los consejeros privados le acompañaron respetuosamente hasta su dormitorio, y continuando luego en Consejo, dieron las órdenes oportunas para la proclamación. Los guardias estaban sobre las armas; aparecieron los heraldos con sus lucientes trajes, y la ceremonia se llevó á cabo sin el menor obstáculo. En las calles, grandes toneles de vino ofrecían al pueblo ocasión de brindar por la salud del nuevo Soberano; pero aunque resonaba alguno que otro viva, las manifestaciones populares expresaban bien á las claras la poca alegría con que veía la nación el principio del nuevo reinado. Muchos llegaban hasta derramar lágrimas, y fué de todos notado que apenas hubo doncella en Londres que, en señal de duelo por el Rey Carlos, no ostentase en aquellos días algún fragmento de negro crespón (1).

El regio funeral dió margen á muy acres censuras, pues, en efecto, cualquier persona de distinción hubiera sido conducida al sepulcro con mayor pompa. Los *tories* fueron los que más blandamente lamentaron el descuido del nuevo Rey; los *whigs* se burlaron de su

(1) Véanse las autoridades citadas en la última nota. Véase también *Examen*, 647; Burnet, I, 629; Higgs en Burnet.

falta de cariño al Monarca difunto, y los fieros Covenanters de Escocia proclamaron en alta voz que la maldición que de antiguo se había pronunciado contra los malos príncipes, se había al fin cumplido, y que el tirano había sido enterrado con el funeral propio de un asno (1). A pesar de todo esto, comenzó Jacobo su administración teniendo de su parte la buena voluntad de la mayoría, y la impresión producida por su discurso en el Consejo, cuando se publicó, le fué altamente favorable. «Éste, decían, es el Príncipe á quien un partido enemigo hizo salir desterrado, y hasta intentó arrebatar la herencia paterna, fundándose en que era mortal enemigo de la religión y de las leyes de Inglaterra. Sin embargo, llega la hora del triunfo, se sienta en el trono, y su primer acto es declarar que defenderá á la Iglesia y que está dispuesto á respetar los derechos de su pueblo.» La alta idea que de su carácter tenían todos los partidos, daba mayor peso á sus palabras; y mientras los *whigs* le llamaban altivo, implacable, obstinado, despreciador de la opinión pública, los *tories*, que elogiaban en él las virtudes que distinguen á los Príncipes, habían lamentado con frecuencia el descuido con que miraba todo lo que pudiera granjearle la popularidad. Hasta la misma sátira no le había representado nunca como dispuesto á manifestar lo que no sentía, á trueque de conseguir el favor público, y menos aún á prometer lo que no tenía intención de cumplir. El domingo que siguió á su advenimiento al trono, comen-  
tábase en muchos púlpitos su discurso. *Tenemos ahora en pro de nuestra Iglesia*, exclamaba un predicador adicto, *la palabra de un Rey, y de un Rey que no fué nunca*

(1) *Gaceta de Londres*, febrero 14, 1684-5; *Evelyn's Diary*, en el mismo día; Burnet, I, 610; *The Hind let loose*.

peor que su palabra. Esta frase circuló pronto por la ciudad, y aun por el campo, y quedó desde entonces como voz de alerta de todo el partido *tory* (1).

## V.

## ESTADO DE LA ADMINISTRACIÓN

El advenimiento del nuevo Monarca había producido la vacante de los más altos puestos del Estado, y era de todo punto necesario determinar quiénes habían de ocuparlos. Entre los miembros del último Gabinete, apenas había uno que pudiera esperar el favor del nuevo Rey, pues Sunderland, que era secretario de Estado, y Godolphin, que era primer lord del Tesoro, habían defendido el *bill* de exclusión, mientras que Halifax, que tenía el Sello privado, lo había combatido con invencible elocuencia. Pero Halifax era enemigo mortal del despotismo y del papismo. Había visto con terror los progresos del ejército francés en el continente y la influencia de su oro en los consejos de Inglaterra; y si su opinión hubiera prevalecido, se habrían observado estrictamente las leyes, la clemencia hubiera alcanzado á los vencidos *whigs*, el Parlamento se hubiera convocado á su debido tiempo, se habría intentado reconciliar las opuestas facciones, y los principios de la Triple Alianza hubieran sido nuevamente el principal guía de nuestra política exterior. Mas esto era precisamente lo que

(1) Burnet, I, 628; Lestrangle, *Observer*, 11 febrero, 1681-5.

le había hecho incurrir en el enojo de Jacobo. No podía, en rigor, decirse que el lord Guardasellos pertenecía á ninguna de las facciones que dividían la Corte. No podía en manera alguna llamarse amigo de la libertad; y sin embargo, era tal su respeto á la ley, que tampoco el poder arbitrario podía mirarlo como instrumento útil para sus fines. Los vehementes *tories* le designaban unánimemente como *equilibrista*, y en cuanto á Jacobo le miraba con aversión no exenta de desprecio. Ormond, que era lord mayordomo de la Casa Real y virrey de Irlanda, residía á la sazón en Dublín: su derecho á la Real gratitud era mayor que el de ningún otro súbdito, pues había combatido bravamente por Carlos I, estuvo en el destierro con Carlos II, y después de la Restauración, á pesar de muchas provocaciones, habíase mantenido siempre leal. Mientras el poder estuvo en manos de la Cábala, aunque en desgracia, no se había ido nunca con la oposición, y en los días de la conjuración papista y del *bill* de exclusión había sido uno de los más fuertes apoyos del Trono. Era á la sazón viejo y acababa de sufrir la más horrible desgracia. Había visto morir al hijo en quien cifraba todas sus esperanzas, el bizarro Ossory. Los recientes servicios de Ormond, su ancianidad y sus domésticos infortunios habían inspirado á la nación general interés hacia su persona. Mirábanle los caballeros como jefe, así por su nobleza como por su mérito, y los *whigs* no ignoraban que, aunque siempre había sido fiel á la causa de la monarquía, no era amigo del despotismo y de los papistas. Mas aunque fuera tan alto el puesto que ocupaba en la pública estimación, poco favor podía esperar de su nuevo amo, pues Jacobo, mientras vivió su hermano, habíale instado con frecuencia á que introdujese un cambio completo en la administración de Irlanda, en lo que

finalmente Carlos había consentido, proponiéndose ya nombrar á Rochester de allí á pocos meses lord Lieutenant (1).

## VI.

## NUEVOS ARREGLOS.

Era Rochester el único miembro del Gabinete con quien decididamente podía contar en su favor el nuevo Rey, y se creía generalmente que en seguida sería puesto al frente del Gobierno, cuyos primeros empleos se darían á gente de la nueva situación. Y en efecto, no salieron fallidas las esperanzas de la mayoría, por cuanto Rochester fué nombrado lord Tesorero, cargo que asumía el de primer ministro. Nada se dijo de quién sería puesto al frente del Almirantazgo; y el Rey, que era muy aficionado á todos los detalles del servicio naval y que hubiera hecho un excelente administrador del arsenal de Chatham, decidió ser él su propio Ministro de Marina. Tenía á su cargo este departamento, bajo la dirección del Monarca, á modo de subsecretario, Samuel Pepys, cuya memoria vive aún en nuestros días, gracias á su *Diario* y á su excelente biblioteca. Ninguno de los que habían servido al último Soberano fué separado de su cargo. Sunderland desplegó tal destreza, logró conquistar tantos intercesores y estaba además en posesión de tantos y

(1) Las cartas que con tal motivo se cruzaron entre Rochester y Ormond se hallarán en la *Correspondencia de Clarendon*.

tan importantes secretos, que logró conservar los sellos y continuar en su puesto á pesar del cambio de Gobierno. La seriedad y grave cortesía de Godolphin le congraciaron igualmente con el nuevo Rey, sólo que no siendo ya necesario en el Tesoro, fué nombrado chambelán de la Reina. Con estos tres lores consultaba el Rey todos los negocios importantes; y en cuanto á Ormond, Halifax y Guildford, determinó, si no quitarles sus cargos, humillarlos y anular su influencia.

Vióse Halifax obligado á entregar el sello privado, recibiendo en cambio la presidencia del Consejo, á lo cual hubo de someterse no sin repugnancia, pues aunque el cargo de presidente del Consejo era de más categoría que el de canciller privado, este último era mirado entonces como mucho más importante que el de presidente. Rochester no había olvidado que algunos meses antes le habían jugado la misma partida al separarlo del Tesoro; así es que aprovechó la ocasión tan pronto como pudo de vengarse del mismo modo de su rival. Enrique, Conde de Clarendon, hermano mayor de Rochester, fué nombrado Canciller en reemplazo de Halifax.

En sus conversaciones con Barillon, Jacobo manifestaba cuán disgustado estaba de Halifax. *Le conozco bien*, decía el Monarca, *y nunca tendrá mi confianza ni le daré participación en el manejo de los negocios públicos. En cuanto al empleo que le he dado, servirá tan sólo para mostrar que su influencia es nula.* Pero con Halifax se expresaba de muy distinto modo. *Olvido de todo lo pasado*, le decía el Rey, *menos del servicio que me prestasteis cuando el debate del bill de Exclusión.* Hanse citado con mucha frecuencia estas palabras para probar que no era Jacobo tan vengativo como sus enemigos pretendían: lo que, al contrario, prueban es que no merecía en

modo alguno los elogios que por su sinceridad le tributaban sus amigos (1).

Hízose saber á Ormond, con toda cortesía, que sus servicios no eran ya necesarios en Irlanda, y por tanto convenía que partiese para Whitehall, donde continuaría en su empleo de mayordomo de Palacio. Decidió Ormond obedecer las órdenes recibidas sin ocultar por eso el descontento que el nuevo arreglo le causaba, y la víspera del día en que debía partir para Londres dió un magnífico banquete á los oficiales de la guarnición de Dublín, en el hospital de Kilmainhan, que á la sazón acababa de construirse. Terminada la comida, se puso de pie, y llenando de vino una copa hasta el borde, la levantó, y como preguntase si había derramado una sola gota, lo que en efecto no había sucedido, añadió: *No, caballeros, digan lo que quieran los cortesanos, aun estoy yo muy fuerte para que se me condene al retiro. La mano aun no me falta, y no es mi mano más fuerte que mi corazón. ¡A la salud del Rey Jacobo!* Así se despidió Ormond de Irlanda. Dejó la administración á cargo del lord Justicia y partió para Londres, donde fué recibido con extraordinarias muestras de público respeto. Muchas personas de rango salieron á recibirle fuera de la puertas de la ciudad; una larga fila de carruajes le acompañó hasta la plaza de Saint James, donde estaba su casa, y al llegar allí fué saludado y aclamado con entusiasmo por la multitud que llenaba la plaza (2).

(1) Puede verse anunciado el cambio de Ministerio en la *Gaceta de Londres*. Feb. 19, 1684-85: Véase también Burnet, I, 621; Barillon, Feb. 9 (19), 16 (26) y 19 (marzo 1).

(2) Carte's, *Life of Ormond*; *Secret Consults of the Romish Party in Ireland*, 1690; *Memoirs of Ireland*, 1716.

## VII.

## SIR JORGE JEFFREYS.

El gran sello fué confiado á Guildford, mas no sin que se le sometiera al mismo tiempo á una vergonzosa tutela. Habíase decidido que otro abogado de mayor vigor y audacia le asistiera en la administración, y fuera elegido para este cargo sir Jorge Jeffreys, Chief Justice del Tribunal del Banco del Rey. Su depravación era proverbial, y los dos grandes partidos ingleses han atacado su memoria compitiendo en violencia, pues mientras los *whigs* le consideraban como su más bárbaro enemigo, los *tories* le achacaban todos los crímenes que habían manchado su triunfo. Para el investigador imparcial é inteligente son, sin duda alguna, falsas ó exageradas algunas historias horribles en que se le ha atribuído el principal papel. Y sin embargo, el historiador desapasionado muy poco podrá decir en defensa del malvado juez cuyo nombre ha llegado hasta nosotros cubierto de tan horrenda fama.

Era hombre pronto y de vigoroso entendimiento, pero en extremo insolente y arrebatado. Cuando apenas salía de la adolescencia, había comenzado sus prácticas de abogado en el foro de Old Bailey, donde los abogados han usado siempre una libertad de lenguaje completamente desconocida en Westminster. Allí, durante muchos años, había sido su principal ocupación examinar las causas de los mayores y más empedernidos criminales. Los diarios

conflictos entre prostitutas y ladrones habían ejercitado y desenvuelto sus facultades de tal manera, que llegó á ser el más hábil y consumado de su profesión. Todo sentimiento de ternura por los dolores de los otros, el respeto á sí mismo, toda idea de decoro, se borraron por completo de su mente, adquiriendo, en cambio, copiosa erudición y riquísimo caudal de las gráficas expresiones con que suele el vulgo manifestar su odio ó su desprecio. Era tal la profusión de maldiciones é insultantes epítetos que componían su vocabulario, que apenas se hallaría en el mercado ó en la plaza pública quien pudiese rivalizar con él. Su rostro, como su voz, tenían muy poco de amables; pero estas ventajas naturales, pues tal él, al menos, las juzgaba, habíalas llevado á tal extremo, que había muy pocos que pudieran verle ni oírle sin emocionarse en sus paroxismos de rabia. La ferocidad y la impudencia se retrataban en su rostro, y el brillo de sus ojos fascinaba á la infeliz víctima en quien se fijaban. Y sin embargo, su rostro y su mirada eran aún menos terribles que la salvaje contracción de su boca, y sus gritos de furia, según refiere uno que los oyó con frecuencia, sonaban como el trueno del día del juicio. Tales eran las aptitudes que, joven todavía, llevó del foro al tribunal. Pronto llegó á ser *Common Serjeant* (1), y en seguida *Recorder* (2) de Londres. Como juez, en las sesiones de la *City* manifestó las mismas inclinaciones que después, en más alto puesto, le conquistaron tan poco envidiable inmortalidad. Ya entonces se descubría en él el más odioso vicio que aqueja á veces á la naturaleza humana: el gozar en el sufrimiento de los otros. Había cierta complacencia infer-

(1) Véase el *Apéndice*.—N. del T.

(2) *Idem*, *id.*

nal en su acento cuando pronunciaba la sentencia contra los criminales; sus llantos y sus quejas parecían recrearle y le producían una especie de placer voluptuoso, y á fin de prolongarlo se entretenía en dilatar el sufrimiento de aquellos infelices, ampliando con bárbaro lujo de detalles la descripción de los tormentos que les aguardaban. Así, en una ocasión que tuvo que mandar azotar una infeliz aventurera, exclamó: «*Verdugo, te recomiendo esta señora; azótala en debida forma, azótala hasta que la sangre corra por la piel. Estamos en Navidad, tiempo muy frío para la señora; ten cuidado, pues, de calentarle bien las espaldas*» (1). Con poca diferencia, lo mismo sucedió cuando juzgaron al pobre Lodowick Muggleton, aquel sastre borracho que se creía profeta: «*¡Insolente canalla!—rugió Jeffreys,—¡tendrás un castigo dulce, muy dulce!*» Consistió una parte de este dulce castigo en ser expuesto en la picota, de donde el infeliz fanático salió casi sin vida (2).

Por este tiempo había adquirido el corazón de Jeffreys el acerado temple que exigen los tiranos en sus más viles instrumentos. Hasta aquí había mirado por su adelanto profesional en la magistratura de Londres, y, por tanto, habíase manifestado siempre *cabeza redonda*, y parecía experimentar mayor placer cuando explicaba á los sacerdotes católicos que iban á ser despedazados vivos y que habían de ver quemar sus propias entrañas, que cuando sólo se trataba de una simple sentencia de muerte. Pero así que hubo obtenido todo lo que la *City* podía darle, se

(1) *Christmass Sessions Paper* de 1678.

(2) *The Acts of the Witnesses of the Spirit*, parte v, cap. v. En esta obra, Lodowick, como acostumbraba, se venga del *Demonio ladrador*, como llama á Jeffreys, con una lluvia de maldiciones que el mismo Ernulfo hubiera envidiado. El proceso fué en enero de 1677.



apresuró á vender á la corte su frente de bronce y su venenosa lengua. Prestóle su ayuda Chiffinch, que estaba acostumbrado á servir de intermediario en infames contratos de todas clases. Había dirigido muchas intrigas amorosas y políticas, pero seguramente no prestó nunca á sus amos más escandaloso servicio que cuando introdujo á Jeffreys en Whitehall. Pronto encontró protector el renegado en el duro y vengativo Jacobo, pero siempre fué mirado con desprecio y disgusto por Carlos, cuyas faltas, si bien grandes, no tenían la menor afinidad con la crueldad y la insolencia. «*Ese hombre—decía el Rey—no tiene cultura, ni inteligencia, ni modales, y es más desvergonzado que diez tumanantes callejeros*» (1). Sin embargo, pronto iba á haber tarea que no era para confiada á quien tuviese la menor veneración á las leyes ó fuese capaz de sentir el rubor de la vergüenza, y, gracias á esto, Jeffreys, á la edad en que un abogado se considera feliz si tiene á su cargo una buena causa, era presidente del Tribunal Supremo.

Sus enemigos no podían negarle algunas cualidades de gran juez, pues aunque su conocimiento de las leyes no iba más allá de lo que la práctica le había enseñado, poseía cierta habilidad que, á través del embrollo y laberínticos sofismas, le mostraba con toda claridad el verdadero punto de vista de la cuestión. Muy raras veces, sin embargo, se hallaba en pleno uso de tan preciosa facultad, pues aun en las causas civiles, su malévolo y despótico carácter desordenaba continuamente su juicio. Entrar en su Tribunal era entrar en la guarida de una fiera que nadie podía domar, y que lo mismo se irritaba con las cari-

(1) Puede verse esta frase en muchos libelos de la época. Tito Oates nunca se cansaba de citarla. Véase su *Εἰκὼν Βασιλική*.

cias que con los golpes. Frecuentemente descargaba sobre acusados y defensores, fiscales y escribanos, testigos y miembros del Jurado una lluvia de injurias mezcladas de maldiciones y juramentos. Sus miradas y su acento, que habían inspirado terror cuando no era más que un joven abogado, en lucha con las primeras prácticas, ahora que se hallaba á la cabeza del más formidable Tribunal del reino, hacían que hubiera muy pocos que no temblasen en su presencia. Era temible, aun sin haber bebido, por sus arrebatos de furia; pero en general el abuso de la bebida nublabá su razón y estimulaba sus malas pasiones. Pasaba generalmente las noches entregado á la embriaguez, y quien le hubiese visto haciendo del vino su delicia suprema, hubiérale supuesto hombre ordinario y de escasas luces, amante de bajas compañías y de brutales placeres, pero sociable y de buen humor. Rodeábanle constantemente en tales casos bufones escogidos en su mayor parte de entre los más viles, que aprendían las prácticas de justicia bajo su dirección, quienes, á fin de entretenerle, no vacilaban en recurrir á bromas de todo género, de las que era siempre víctima alguno de ellos. Jeffreys se mezclaba en su licenciosa conversación, entonaba con ellos báquicas canciones, y cuando ya el vino se le subía á la cabeza y le trastornaba los sentidos, los abrazaba y los besaba á impulsos de la extraña ternura que le producía la embriaguez. Pero aunque el vino parecía al principio ablandar su corazón, al cabo de algún tiempo era el efecto totalmente contrario. Llegaba con frecuencia tarde al Tribunal, después de haberse hecho esperar mucho tiempo, sin haber dormido más que á medias la borrachera, encendidas las mejillas, relucientes los ojos con el brillo de la locura. Cuando se hallaba en este estado, sus alegres compañeros de la

víspera tenían cuidado, si eran discretos, de no ponerse en su camino, pues el recuerdo de la familiaridad con que los había tratado hacía crecer su malicia y deseaba encontrar el menor motivo para llenarlos de insultos é injurias. Y no era la menos odiosa de sus aborrecibles peculiaridades el placer que tenía de avergonzar y mortificar en público precisamente á aquellos á quienes en sus arrebatos de insensata ternura había dado mayores muestras de cariño. Los servicios que el Gobierno esperaba de él fueron cumplidos no sólo sin violencia por su parte, sino con placer y entusiasmo. Fué su primera hazaña el asesinato judicial de Algernon Sidney. Y como lo que siguió se hallase en perfecta armonía con tal principio, muchos y muy respetables *torjes* se lamentaban del descrédito que la barbarie y la falta de decoro de tan elevado funcionario introducían en la administración de justicia. Pero tales excesos, que á ellos les llenaban de horror, eran otros tantos méritos que aumentaban la estimación de Jacobo al magistrado. Así fué que éste, después de la muerte de Carlos, no sólo obtuvo un puesto en el Gabinete, sino que fué además hecho lord, honor que era señalada prueba del contento del Monarca, pues desde que en el siglo XIII fuera reformado el sistema judicial del reino, ningún presidente del Tribunal había sido lord del Parlamento.

Hallábase, pues, Guildford cohibido en todas sus funciones políticas y reducido sólo á obrar como cualquier otro juez. En el Consejo, Jeffreys le trataba con marcado desdén; y como la administración de justicia dependía en todo del Presidente, era cosa sabida que, para congraciarse con él, no había nada mejor que tratar al Lord Guardasellos con desprecio (1).

(1) Las principales fuentes, en lo relativo á Jeffreys, son las

## VIII.

## RECAUDACIÓN DEL IMPUESTO SIN ACTA DEL PARLAMENTO.

No habían transcurrido muchas horas desde que Jacobo era rey, cuando una disputa se originó entre los dos primeros magistrados. Los derechos de aduanas se habían votado para regir sólo durante la vida de Carlos, y no podían, por lo tanto, cobrarse legalmente por el nuevo Soberano. Y como si no se cobraban la Hacienda había de resentirse y eran necesarias algunas semanas para hacer las elecciones y poder reunir la Cámara de los Comunes, el curso regular del comercio se interrumpiría sin beneficio para el consumidor, y sólo en provecho de aquellos especuladores afortunados cuyas mercancías llegasen en el intervalo de la muerte del Rey y la reunión del nuevo Parlamento. Hallábase el Tesoro asediado por muchos comerciantes que tenían sus almacenes llenos de géneros que habían satisfecho los derechos de entrada, y que temían, no sin fundamento, arruinarse teniendo que venderlos á bajo precio. No desconocían los hombres imparciales que era éste uno de aquellos casos extraordinarios en que un Gobierno puede justi-

*Causas de Estado (State Trials)*, y la *Vida de Lord Guildford de North*. Debo el conocer algunos detalles de menor importancia á las sátiras, en prosa y verso, de la época, tales como el *Tribunal sangriento (Bloody Assizes)*, la *Vida y muerte de Lord Jorge Jeffreys*, el *Panegírico de Lord Jeffreys*, la *Carta al Lord Canciller* y la *Elegía de Jeffreys*. Véase también el *Diario*, de Evelyn, 5 de diciembre 1683 y 31 de Octubre 1685.